

Muchas veces nos resulta más cómodo quedarnos en nuestras cuatro paredes que salir a batallar llevando la Palabra de Dios. Sin embargo, nuestro destino y nuestra historia están marcados por valientes y no podemos quedarnos encerrados. La Iglesia Bethel, desde sus comienzos, miró hacia fuera. Hace un tiempo leíamos un cartel que estaba pegado en las puertas de ingreso y que decía: “Una Iglesia que pierde su visión misionera, pierde su misión”. Cuando hablamos de misión siempre pensamos en grandes distancias. Nuestra mente vuela y recuerda a grandes misioneros que dejaron sus tierras para viajar a África, a India, a China, a otras culturas con diferentes costumbres, otras formas de pensar, distinta alimentación. Sin embargo, nos olvidamos que el evangelismo comienza en el lugar en donde estamos.

El Señor Jesús, cuando fue ascendido les dejó a los primeros discípulos, aquellos que quedarían para seguir extendiendo Su Palabra, que fueran sus testigos en Jerusalén, en toda Judea, en Samaria y hasta lo último de la tierra. Los primeros pasos debían darlos allí donde vivían, entre los suyos.

Los primeros hermanos entendieron estas palabras como si hubieran sido dichas a ellos. La primera campaña evangelística se realizó a fines de 1964, apenas algunos meses después de la constitución de la Iglesia. Como no se contaba con nada, ni siquiera con cuatro paredes, se utilizó un equipo evangelístico itinerante que se prestaba a las iglesias para ese fin. Esos hermanos que se reunían en un pequeño galpón de la calle Carriego, salieron a la calle a anunciar el mensaje de Jesús. Y fue el comienzo de una larga historia. Los hermanos estaban deseosos de predicar y anunciar el Evangelio a toda criatura. Nuestra Jerusalén era el barrio Industrial, que comenzaba a formarse y a crecer, y donde tantos escucharon el mensaje de la cruz.

Pero no solamente se predica el Evangelio desde el púlpito, eso lo sabemos de sobra. En 1972, con la inquietud de algunos hermanos, comienza a pensarse en abrir un Jardín de Infantes. Esto serviría para estar a disposición de la comunidad, y mostrar el testimonio en el obrar. La idea va tomando forma, y luego de ultimar algunos detalles, el Jardín de Infantes “Las Ardillitas” comienza a funcionar en 1973 y lo hace durante tres años. Utilizaba las instalaciones lo que ahora es planta educacional. Si se observan bien las paredes que dan al pasillo, uno puede darse cuenta de que en una oportunidad eran paredes externas. Mientras tanto, en el resto del terreno estaba la capilla de madera, y poco a poco fue comenzándose la construcción. El Jardín recibía niños desde los dos años, e incluso estaba habilitado hasta el Nivel Pre- Escolar. La maestra a cargo fue Nora de Pluis; la ayudante, profesora de música y secretaria Hilda de López y contaban con la colaboración de Mirta de Ruiz, esposa del pastor José Ruiz que pastoreaba la congregación en ese entonces. Este Jardín de Infantes tenía un nivel educativo de excelencia, y fue elegido por muchas mamás del barrio para enviar a sus hijos. Contaba con los mejores programas de enseñanza y los niños incluso aprendían allí las primeras letras de la lecto-escritura. En ese ambiente de amor, muchos pequeñitos escucharon de Dios por primera vez. Sabemos que Dios se agrada de esas semillas sembradas en los corazones de los niños. De ellos es el Reino de los Cielos. No sabemos donde están muchos de ellos, otros sí, pero agradecemos el trabajo de estas hermanas, a través del cual muchas personas del barrio conocieron la Iglesia. Una de las familias de nuestra congregación fue ganada por el testimonio de una niña que fue a este Jardín de Infantes. Yo, que escribo estas palabras, conocí el mensaje del Evangelio allí y agradezco la visión de esta Iglesia de considerar importantes aún a los más pequeñitos. Seguramente Dios tendrá su recompensa para estas hermanas que tanto hicieron por su obra. A veces, no conociendo los planes de Dios y su alcance, no sabemos que los niños a los que les llevamos Su Palabra, pueden ser misioneros en sus hogares.

En octubre de 1975 se apoya la campaña del predicador Luis Palau, llamada "Continente ' 75". El trabajo de muchos de nuestros hermanos fue un grano más de arena en estas reuniones que impactaron grandemente la ciudad de Rosario.

Como dijimos, el mensaje se predica con palabras y también con obras. En el año 1977 un terremoto destruyó la ciudad de Caucete, en San Juan. Nuestra Iglesia, como otras tantas, extiende sus manos para ayudar a quienes se quedaron sin nada. Aún a tantos kilómetros de distancia, se podía sufrir con aquellos hermanos que habían perdido sus posesiones, sus casas, e incluso hasta parte de su familia. El pastor Sambrano partió desde Rosario con ayuda recaudada entre todos los hermanos rosarinos, y se quedó allí trabajando con ellos, poniendo las manos para trabajar, el hombro para llorar, los brazos para consolar, las palabras para decir que aún allí y en esas circunstancias, Dios estaba con ellos. Hace algunos años, mientras vivíamos en Mendoza, pudimos visitar la Iglesia de Caucete, reconstruida luego de ese terremoto, y escuchamos de la boca de nuestros hermanos sanjuaninos recuerdos del amor y de la ayuda que recibieron de todo el cuerpo de Cristo. Cuando nos une el amor de Dios, no hay porteños, rosarinos, cordobeses, tucumanos, sanjuaninos, todos somos uno. En sus corazones aún hay agradecimiento y memoria del amor fraternal que nos une en Jesús, no en teoría, sino en acción.

En 1981, por la sugerencia de varios miembros de nuestra congregación, se decide formar lo que se llamaría "Casa de Amistad". Todos los sábados por la tarde, algunos hermanos, según sus capacidades, abren las puertas del templo para brindarle al barrio sus conocimientos, dictando cursos de Dibujo y Pintura, Electricidad, Mecanografía, Contabilidad, Derecho usual y comercial, Tejido y Manualidades. Algunos de los hermanos involucrados en esta actividad son nuestros queridos Ernesto Simari y Noemí Prieto que, desde tan jóvenes servían al Señor con sus aptitudes. Al hacer estos cursos, se daba el ambiente propicio para charlas con quienes se acercaban y se les presentaba el Evangelio. Muchos conocieron al Señor detrás de lápices de dibujo y agujas de tejer. Como siempre, el Señor utiliza todos los medios para llegar a las personas que no lo conocen y para servirse de aquellos que están dispuestos a ser los mensajeros. La historia no solamente nos sirve para conocer nuestro pasado, sino también para aprender del ejemplo de nuestros antecesores en la fe.

En octubre de 1984 se realiza el primer "Té de la amistad", que también se llamaría "Té de las madres" y que la Sociedad Femenil realizó durante años. En ellos se invitaba a mujeres del barrio y se predicaba el Evangelio. Había, como en todos los tés femeninos regalos, sorpresas y siempre ideas novedosas. Era famoso en el barrio, y cuando se invitaba, ninguna faltaba porque sabían que estaba garantizada una tarde de diversión y sorpresas, pero también que había un mensaje distinto que llegaba a sus vidas siempre en forma oportuna. Muchas mujeres pasaron por esas mesas donde se las esperaba con té humeante y ricas cosas dulces, pero por sobre todo, con palabras que anunciaban las Buenas Nuevas para sus vidas. Muchas hermanas trabajaban incansablemente en este proyecto, que llevaba meses de preparación. Algunas elaboraban las tarjetas, otras en la cocina, otras sirviendo mesas, algunas hablando del Señor o confeccionando regalitos, que casi siempre eran elaboraciones de sus propias manos. Una vez se llamó "El té de la bufanda", y se les dio premio a la bufanda más larga, a las que traían una, a la más original. Las hermanas pensaban y variaban los programas todos los años, pensando novedades y atendiendo a las visitas, de manera que sintieran bienvenidas y cómodas en el templo, un lugar que, en algunos casos, ni siquiera hubieran pensado en entrar. Recordamos algunas de estas hermanas que iban desde las mayores hasta las más jovencitas: María Hassan, María Luisa Guaimás, Marisa Fiorenza, María Ester de Prieto, Concepción de Gaitán, Hilda de López, Estela

de Carrasco, Antonia de Prieto, Estella de Refosco, Noemí y Beatriz Prieto, Karina Refosco, Graciela de Prieto, y la lista sigue y sigue, tantas hermanas que nos mostraron su esfuerzo y su voluntad para extender el evangelio, usando todos los recursos que tenían a mano.

En 1987 se abre el Centro de Alfabetización, anexo de la Escuela Castelli. Nuevamente se abren nuestros brazos a la sociedad, brindando nuestro edificio para que muchos adultos se superen. Algunos son miembros de nuestra Iglesia, otros, personas del barrio. De la primera promoción recordamos a: Irma de Zitti, Concepción Diván, Lorenza Hernández, María Teresa Muñoz, María de Pascual y Soledad Sánchez. Su directora, Edith de Mai y la maestra, Elvira de Font, pudieron palpar la calidez de manos cristianas abiertas a ayudar a quienes los rodean.

Alrededor del año 1990, llegó un grupo importante de jóvenes que venían invitándose unos a otros, y con muchas ganas de trabajar para el Señor. Muchos de ellos están sirviendo a Dios en otras congregaciones o han vuelto a sus lugares de origen, ya que, en su mayoría eran estudiantes universitarios que vivían lejos de sus hogares, y para los cuales la Iglesia fue su familia. Ellos, sumados a los jóvenes que ya estaban en la Iglesia, trabajaron arduamente en la obra. Algunos de ellos eran Gustavo Manzanelli, David Firman, Daniela Dulac, Vanina Pistagnesi, Norma Jalaf, Andrea y Claudia Martínez y muchos más. Para canalizar sus energías y su empuje nos sumamos a un nuevo proyecto para trabajar con niños inconversos que surge en el año 1991: Brigadas. Era un programa aplicado a nivel nacional y se trabajaba con un barrio de niños carenciados, sobre todo de afecto. El trabajo es duro, pero el esfuerzo de muchos jóvenes quedará en la vida de los niños que alguna vez escucharon el Evangelio en sus primeros años de vida. Cada sábado se abría el templo para recibirlos y contarles que un amigo, Jesús, quería ser el Salvador de sus vidas. Con el tiempo, se continuó el trabajo con ellos a través de la Escuela Bíblica Dominical. La visión de los niños se repite una y otra vez en nuestra Iglesia. Si pudiéramos remontar el trabajo con los niños desde el comienzo hasta ahora, vendrían muchos nombres de maestras a nuestra memoria, que impactaron vidas de niños y adultos que pasaron y de otros que aún están entre nosotros. Maestras como Beatriz y Noemí Prieto, Graciela de Prieto, Marisa Fiorenza, Cristina Fabro, Gabriela Gaitán, Alejandra Prieto, Belén Hardouin, Maira Fiorenza, Mariel de Avalo, Carina Cociancig, y tantas otras, hasta llegar a las que en este momento cumplen con esta tarea preciosa: Irina Chomyn, Cristina Baigorria, Eluney Asencio, Gretel Avalo, Noelia González, Natali Montes, jovencitas que están tomando la posta. Que Dios bendiga nuestro presente como bendijo a aquellas hermanas que trabajaron tanto a favor de la infancia, para que muchos niños, todos los que llegaron a sus manos, escucharan el mensaje de Jesús. Muchos niños tanto del barrio como de otro lugar, fueron alcanzados con la Palabra de Dios. Hoy son adultos y aunque perdimos el contacto de muchos y no sabemos cuál fue el futuro que les deparó la vida, confiamos en la promesa: “Instruye al niño en Su Camino, y aún cuando fuere viejo no se apartará de él” (Proverbios 22:6) La niñez siempre fue una preocupación. Desde el Jardín de Infantes; pasando por las Horas Felices; por el proyecto “Brigadas”, el trabajo con los niños del “Barrio Cotar”; lo que se llamó “Copa de leche”, un espacio en donde además de la merienda material, se les daba alimento espiritual a los niños; hasta el actual alcance a niños de un barrio cercano, los niños de la Hora Feliz de Fisherton y todo lo que Dios tenga para nosotros en adelante. Nosotros ¡proseguimos a la meta! Nuestras fuerzas vienen de nuestro Padre.

En el año 1996 nos sumamos como Iglesia a un nuevo desafío: “Cosecha 2000”. Ya habíamos experimentado nuestra Jerusalén, nuestra Judea y ahora íbamos por nuestra Samaria. Se presentaban cosas grandes para nosotros y, nuevamente hombres y

mujeres de todas las edades, incluyendo los niños, le dijimos sí al Señor. Pero esto merece un capítulo aparte, por la importancia, y por el resultado, así que un poco de paciencia y seguiremos con esta historia.

Como Iglesia siempre estuvimos apoyando las campañas evangelísticas más importantes que se han desarrollado masivamente en nuestra ciudad. Mencionamos la campaña del predicador Luis Palau y también muchas otras, como por ejemplo la de Sammy Fuentes, que se llevó a cabo en el Club Sportivo América en abril de 1995. Sin embargo, creo que nos ha marcado fuertemente la participación en Cruzadas Internacionales. Varios hermanos, en distintas oportunidades, provenientes de varios países (Estados Unidos, Paraguay, Chile, Brasil, entre otros) nos visitaron y esto nos movilizó a hacer un esfuerzo extra. Reuniones caseras, visitas a nuestros familiares y amigos, acompañados por los misioneros, reuniones especiales en nuestro templo, y otras actividades, nos hacían sentir que también estábamos participando de estos proyectos. Las fuerzas se renuevan cuando nos ponemos metas y, sobre todo, cuando estas metas son las de alcanzar a otros.

En una de las últimas oportunidades, estuvieron a cargo quien fuera la encargada del Ministerio de Evangelismo, Beatriz de Licatta y el hermano Carlos Ruggieri. Ellos organizaron el trabajo para nuestra congregación, asistiendo a las reuniones informativas, encargándose de diagramar cómo atenderíamos a los hermanos que vendrían para proveerles de alojamiento, recibiendo en nuestros hogares para compartir nuestra mesa, consiguiendo los hogares en donde se tendrían las reuniones, organizando las entrevistas personales que tendrían con personas inconversas. La tarea era realmente grande y, aunque la actividad en sí, duraba unos pocos días, el trabajo previo y posterior era arduo y requería de compromiso y dedicación. Los hermanos Carlos y Betty supieron contagiarnos el entusiasmo de participar en la obra y gracias a su esfuerzo, muchos hogares se abrieron, y la Palabra de Dios fue llevada a muchos corazones en esos días a nuestros amigos, familiares, vecinos.

Y en cuanto a Cruzadas internacionales, quien fuera nuestro pastor, José Prieto, participó de ellas viajando a España en el año 1992 con motivo de celebrarse los 500 años del Descubrimiento de América. Varios hermanos viajarían desde América para llevarles las Buenas Nuevas para que los españoles no descubrieran ya nuevas tierras, sino nuevas vidas. Seguramente, muchos corazones habrán sido tocados con el Evangelio de Jesús y Él habrá utilizado a estos hermanos dispuestos a compartirlo. También nuestra hermana Beatriz Prieto de Tamagna, viajó para trabajar con niños a Chile. Ella, quien además de maestra de niños es Instructora de Lapen, estaba con todas las armas preparadas para trabajar en esta tarea y las utilizó para que los corazones, tanto de niños como de adultos, fueran alcanzados con la Palabra de Dios.

También el Festival de la Esperanza, la campaña que trajo a Franklin Graham en el año 2003 con multitudinarias reuniones en el Estadio de Rosario Central, contó con nuestro apoyo. Paralelo a este Festival se realizó también el Festiniños. El proyecto había sido traído a la Iglesia por quien fuera nuestro pastor Daniel de la Calle. Muchos de nuestros hermanos fueron ujieres, consejeros, llevaron niños, invitaron y acompañaron a personas, repartieron tratados e invitaciones, oraron en sus hogares, y colaboraron desde otros lugares, incluso con sus ofrendas. Nuestra congregación nunca fue demasiado multitudinaria, pero sí demasiado inquieta y trabajadora. Siempre se ha ocupado y preocupado por aquellos que se pierden.

Y podríamos llenar más y más páginas, contando muchas cosas: obras de teatro al aire libre, recitales, pesebres, películas evangelísticas y tanto más. Utilizamos todos los medios que tuvimos a nuestro alcance: papeles, palabras, música, imágenes. Nos valimos de todos los espacios: el templo, las plazas, los parques, las esquinas, las

veredas del barrio. Dios nos ha bendecido con la tarea de llevar Su Palabra. Siempre estuvimos dispuestos a poner manos a la obra en la tarea de las misiones, ya sea enviando dinero, colaborando con cosas materiales, con nuestras oraciones. Muchos misioneros que están por el mundo recibieron de nosotros lo que, seguramente es un granito de arena, pero que suma al unirse a otros granitos de ayuda. No sabemos que nos depara Dios en el futuro, solamente Él conoce sus planes. Quizás de entre nosotros salga algún misionero, quizás en su propósito esté el que sostengamos materialmente a alguien que ya esté en el campo misionero. Por ahora, estamos alertas allí donde se necesitan sus esfuerzos para decir ¡presente! Nosotros somos sus siervos ¡estamos a su servicio!